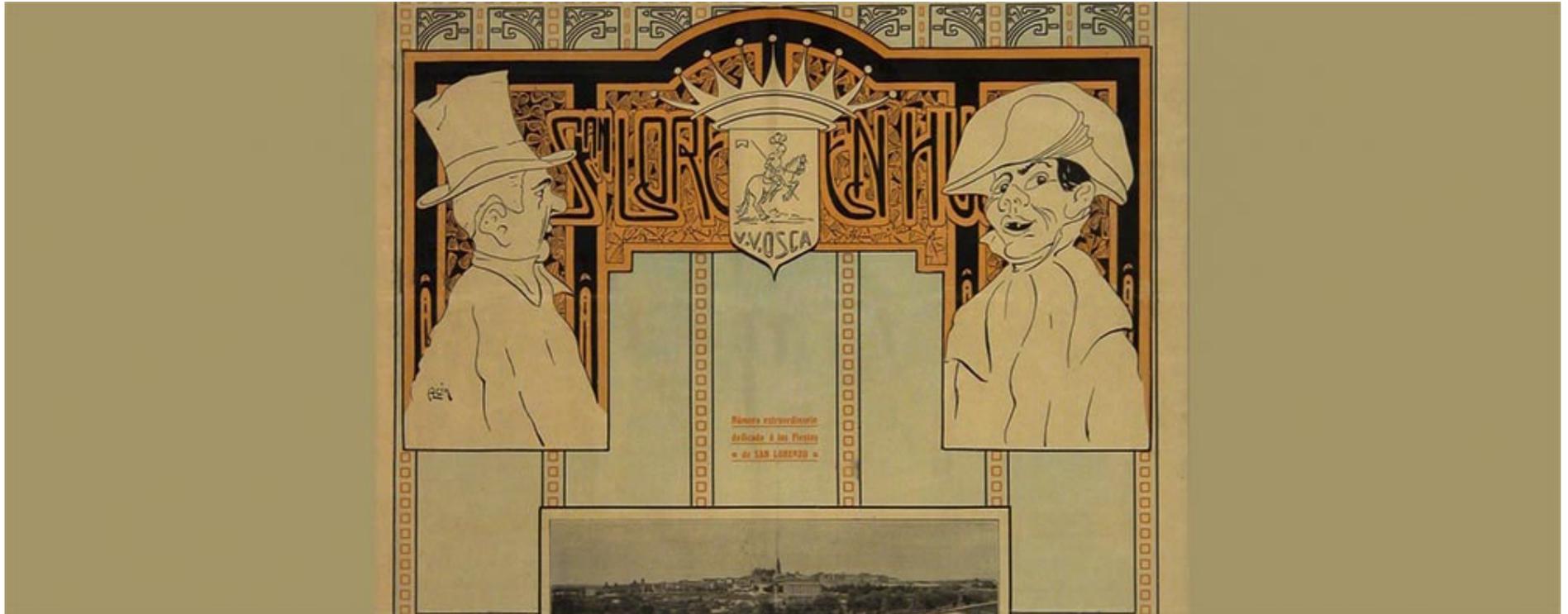




Ramón Acín *toma la palabra* 13 - Mis años de chiquillo



Este es el primer artículo de una serie, casi semanal, que comienza a escribir en Huesca y continuará desde Madrid y Toledo, camino de Granada, destino al que le llevaba la beca concedida por la Diputación para su formación artística. Con cursiva del diez es una sección que alternará con los redactores habituales de El Diario de Huesca, Manuel Ascaso, Alejandro Ber, Oclófilo, Almogávar o Felipe Alaiz. Inicia su participación este 17 de junio de 1914 y la terminará el 4 de diciembre del mismo año. Junto con “Florecicas”, en Solidaridad Obrera, es la única serie temporal completa con la que contamos.

Con cursiva del diez. Mis años de chiquillo

17 de junio de 1914. El Diario de Huesca-*Con cursiva del diez*. (Id. web: ap011).

Esta es el primer artículo de una serie, casi semanal, que comienza a escribir en Huesca y continuará desde Madrid y Toledo, camino de Granada, destino al que le llevaba la beca concedida por la Diputación para su formación artística. Con cursiva del diez es una sección que alternará con los redactores habituales de El Diario de Huesca, Manuel Ascaso, Alejandro Ber, Oclófilo, Almogávar o Felipe Alaiz. Inicia su participación este 17 de junio de 1914 y la terminará el 4 de diciembre del mismo año. Junto con “Florecicas”, en Solidaridad Obrera, es la única serie temporal completa con la que contamos.



Comparsa cabezudos en Huesca, ha. años 20

Como cuando era niño, la noche pasada soñé con terribles gigantes; al levantarme andaba de medio lado como el hidalgo manchego, de puro molido que me dejaron los que no eran otra cosa que molinos de viento.

*

Estábamos esperando el paso de la procesión del Corpus en la parte de Coso que va de Porches a Compañía, Ber, Serrano y yo.¹ Antes de que llegaran a nuestros oídos las notas de la gaita de la comparsa, asomaron a nuestros ojos los gigantones. Venían rodeados de chiquillos, como si éstos pretendiesen exagerar su pequeñez y aquéllos su altura. Majestuoso el de la maza, venía primero como un rey de armas o un heraldo que anunciase la fiesta. Luego, después, la Fragatina, con su mantilla dominguera que ocultaba su moño de picaporte y con sus faldas anchas como boca de campana, bajo las cuales movíanse las piernas del llevador como dos badajos mudos. Seguía le la Chesa: sobacos abajo caíale el sayo formando pliegues de un verde esmeralda su color como monte de rico pasto de nuestro Pirineo y por entre los bullones de lino blanco de la camisa, que semejaban nubes que caminaban bajas, asomaba su cuello y su cabeza con orgullo de buena moza. El de la cuchilla, una cuchilla hecha con la hoja de una guadaña, frío y duro de cara, iba el último, como un enviado de la Muerte, que nunca hicieron falta estos enviados a cortejo alguno. Al verles pasar junto a mí, recordaba las palabras que aquellos doce israelitas de las doce tribus dijeron a Moisés: “Hemos visto monstruosos hijos de Enac, el gigante de la Palestina; a su lado parecíamos langostas”.² En esto oí una voz que me decía: “Acín, espero un artículo tuyo pidiendo quemem estos adfesios”.

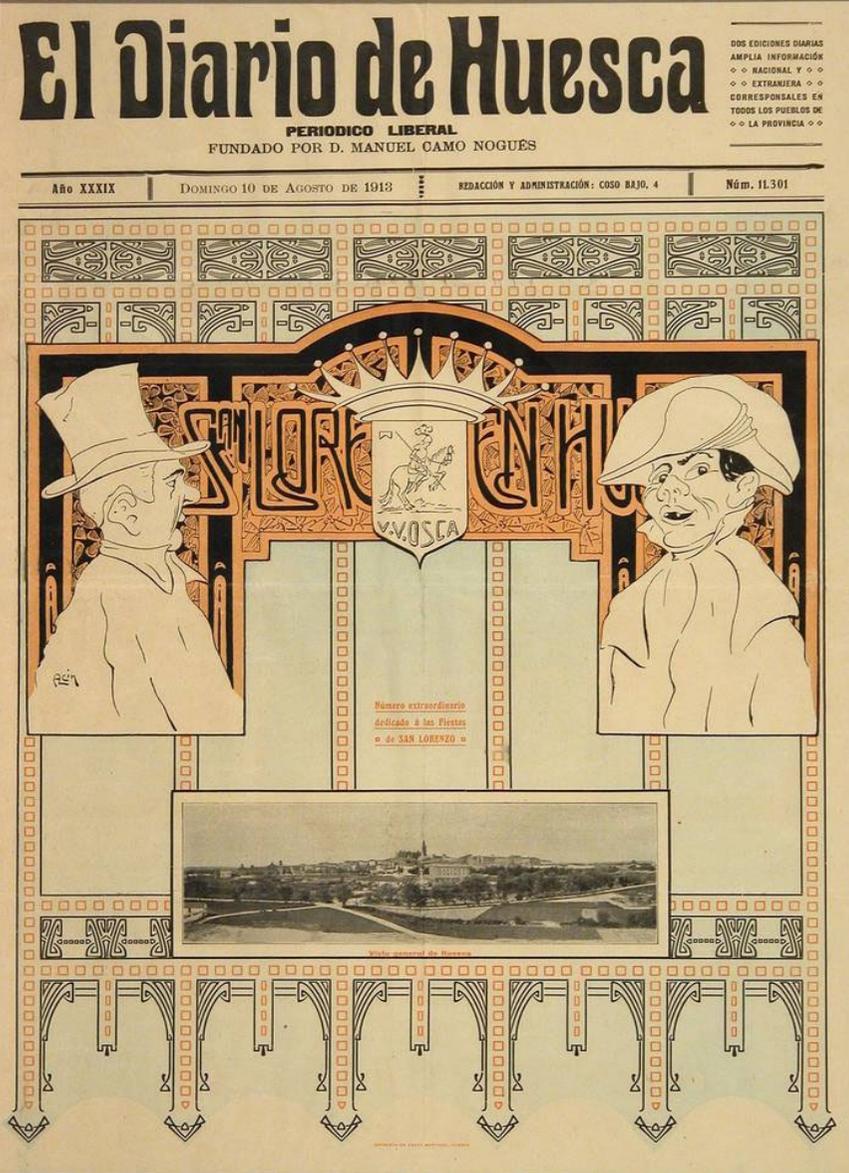
De intento os nombré a Ber y os nombré a Serrano para que sean testigos de la verdad de lo que os digo, no fueseis a creer me valgo de ese ardid o engaño más bien, para endosaros de nuevo el chorro de mi prosa.

*

¡Dios, Dios! Pedir que quemem los gigantones sería renegar de mis años de chiquillo; aquellos años, más lejanos de lo que en realidad están, que si no cuento con más que veinticinco, le pesan a uno como doblados lo menos.

¡Olvidar la noche anterior al Corpus y el día del Corpus!





Portada de *El Diario de Huesca* Fiestas de San Lorenzo. Ramón Acín año 1913

cuento con más que veinticinco, le pesan a uno como doblados lo menos.

¡Olvidar la noche anterior al Corpus y el día del Corpus!

¡Olvidar la noche anterior a San Lorenzo y el día de San Lorenzo!

¡Qué pesadillas tan horribles las noches aquéllas! Desfilaban por nuestra alcoba todos los gigantes de los cuentos de hadas; largos y desgarbados unos como álamos viejos, asomaban sus ojos grandotes como huevos fritos por los huecos de las chimeneas; otros terribles tragachicos, llevaban unas escarcelas grandes como mundos de viaje, y en ellas guardaban a los niños que habían de servirles de almuerzo; éstos reñían batallas con cientos de hombres y los chamuscaban blandiendo una rama de encina que manejaban como trompa de elefante y con sus pisadas de paquidermo; aquéllos eran dueños de palacios guardados por dragones de tres cabezas, donde había encerradas seis princesitas rubias y buenas como el trigo que morían de miedo mientras allá en sus cortes morían de amor unos donceles valientes y nobles y gallardos como un toro.

Qué de vueltas a la almohada, qué de engullir saliva para ahogar sollozos, qué tardo el reloj en cantar las horas, qué perezoso el sol... qué noche tan larga la anterior al Corpus y la anterior a San Lorenzo.

Qué día el de San Lorenzo y qué día el del Corpus. Apenas levantarnos y escuchar el gaitero de los gigantones acudíamos a sus llamadas entre alegres y medrosos como a llamada de engañosa sirena. Recordábamos los sueños de la noche pasada y recelábamos se tornasen nuestros gigantes de cartón y trapo en aquel gigante Briareo y nos hiciese papilla con sus cien brazos, o en aquel colérico Anteo,³ y al tener la osadía de medirnos con él nos destrozase para colgarnos de los muros del templo de Neptuno su padre, o nos tomase con sus dos mazas y nos condujera al Infierno como a Virgilio y Dante. Mas luego, al ver su armazón de palo y el asomar de las cabezas de los llevadores por entre los vestidos como crías de canguro, nos sentíamos fanfarrones, y con unas piedras picudas y pesadas, como elegidas por el propio David en el valle de Teribinto, y una honda que creíamos manejar como un balear, les creíamos Goliat y desafiábamos a todos sus codos y a todos sus palmos de estatura.

Más tarde, cuando ellos caminaban, caminábamos nosotros junto a ellos; y no solo los chicos debieran caminar a su lado, también los hombres, los sabios y los pobretes de cerebro, los artistas y los que no fueron alumbrados por el sol de la Belleza, los buenos y los malos, los de músculos de acero y los de músculos de merengue, todos junto a los gigantones de cartón y trapo para recordar nuestra pequeñez junto a su grandeza; que ellos son la Fantasía y son el Recuerdo y son el Ideal.

*





¡Dios, Dios! Pedir que quemen los gigantones sería renegar de mis años de chiquillo; aquellos años en que al escuchar el cuento del terrible gigante Veintiuno nos temblaban las pantorrillas como los flecos de un mantón y el miedo nos tenía sin alentar y nos abrazábamos unos con otros por temor a quedar solos, hasta que de un corro de niñas que se deshacía como un collar de perlas que se rompió el engarce, llegaba a nosotros una, corriendo como una cabritilla y con la cabellera suelta y luminosa como la de un cometa y dando una palmada en nuestras espaldas decía entre risas: tú la llevas. Y olvidando el cuento triste, que las tristezas en los niños duran poco, mudábamos de juego y nos desparramábamos por las plazas y por los jardines de las plazas, por las calles y por las aceras de las calles, por los caminos y por los huertos de los caminos, por los ríos y por las riberas de los ríos y por todo, que todo era nuestro, porque nosotros éramos la alegría y sólo, sólo en la alegría está Dios. □

1 Compañero y testigo del paso de la procesión es Alejandro Ber, amigo periodista y director de El Diario de Huesca entre junio de 1914 y junio de 1918.

2 Números es el cuarto libro del Pentateuco. Se recoge un pasaje en el que Moisés envía doce exploradores al norte de la tierra de Canaán donde se encontrarán con los gigantes.

3 Tanto el colérico Anteo, que adornaba con los despojos de sus víctimas el templo de su padre, como Briareo, el de los cien brazos, son citados también en El Quijote.

Programa Fiestas de San Lorenzo realizado por Acín. Edit. Vicente Campo 1924, Huesca

